

Índice

Amar, arriesgarse y lograr, por Álex Rovira	11
Introducción	17
1. La isla sin rumbo	23
2. La libertad del colibrí.....	35
3. La vanidad del pavo real	45
4. El secreto del águila.....	57
5. Los pájaros de mal agüero.....	75
6. La sabiduría de la tortuga	85
7. La <i>Nave Fénix</i>	97
8. La hora de zarpar	109
9. La esperanza de los delfines.....	123
10. El naufragio.....	143
11. Un mundo nuevo	157
12. El discurso del mago	163
Epílogo	177
Agradecimientos	183

Amar, arriesgarse y lograr

Todos llevamos un héroe en nuestro interior, dormido en nuestra alma. A veces se despierta por necesidad, por hambre, por rebelión ante la injusticia, ante la coacción, ante el abuso. Su puesta en acción, acompañada de un esfuerzo extraordinario, se produce para resolver una dificultad, vencer una resistencia, saltar un abismo, atender al necesitado, mostrar que las utopías son mucho más posibles de lo que imaginamos si ponemos nuestra vida, nuestra alma, para encarnarlas. Otras veces, las más, lo que despierta y hace crecer esa enorme fuerza interior es el amor. Sabernos amados y querer amar

es lo que da sentido a la vida, lo que nos mueve, lo que nos impulsa a crecer.

El amor es la gran palanca de cambio, de crecimiento, de transformación. Es lo que nos lleva a arriesgarnos. Es la piedra filosofal, el elemento alquímico esencial, la primera causa. Por su anhelo vivimos, por encarnarlo tiene sentido esta vida, por él crecemos. Si decidimos vivir, es porque esperamos amar y ser amados. Si decidimos esforzarnos por hacer la vida más bella, es para entregar el fruto de ese esfuerzo a quienes amamos. Son los que nos rodean quienes dan sentido a nuestros logros, ya que con ellos les hacemos llegar un mensaje de amor, de gratitud, de reconocimiento no sólo construido de palabras. Pueden ser personas cercanas, íntimas: nuestros hijos, nuestra pareja, nuestros amigos, nuestros padres... Si recordáramos circunstancias difíciles de nuestra vida a las que hemos tenido que hacer frente con coraje, asumiendo riesgos, con esfuerzo y voluntad,

veríamos que en cada gota de sudor, en cada palpito, en los recuerdos que surgen en el momento de la solución final, si es que ésta ha llegado felizmente, reside alguien o algo que amamos.

Pero para ello es necesario movilizar el talento y el talante. Si el talento no se moviliza, no se entrena, no se esfuerza o, mejor, no se sobreesfuerza, no hay desarrollo, no hay logro. La semilla de su potencial no crece o, a lo sumo, lo hace muy por debajo de lo que podría. Para ser más fuerte, más hábil, más rápido, más eficaz, más lúcido, más profesional es necesario poner el alma en todo cuanto hacemos en esta oportunidad extraordinaria que es vivir. Es necesario arriesgarse.

Y si además no ponemos altas dosis de talante, entendiendo como tal las actitudes positivas para encarar la vida —buenas dosis de humildad, paciencia, gratitud o entrega—, podemos ser víctimas fáciles de nuestros éxitos y no volver a levantar ca-

beza. Porque es mucho más fácil reponerse de un fracaso que de un gran éxito, que tiende a ir acompañado de los narcóticos y los venenos de la vanidad y la pérdida del sentido de realidad.

Y es que el logro es mucho más que el éxito, ya que este último tiende a confundirse con la simple notoriedad, con los fuegos de artificio, mientras que el primero implica valores esenciales de entrega a la vida, de respeto, de integridad, de confianza, de trabajo excelente. Los verdaderamente grandes, los que se la juegan para encarnar utopías que buscan el bien común no compiten contra el otro aunque aparentemente sea así, sino que compiten continuamente contra sí mismos. Ellos son la causa y el reto a la vez y quizá ésa es la manera prudente y sana de vivir la vida.

En definitiva, en esta vida que nos toca vivir, el riesgo es no arriesgarse porque la vida es una aventura arriesgada o no es nada. Y Lotfi EL-Ghandouri nos muestra ma-

gistralmente en las páginas que vienen a continuación que la vida merece la pena, que tiene sentido en la medida en que nos atrevemos a salir de nuestras *pequeñas islas* para enfrentarnos a un océano de posibilidades, para poder llegar, quizá, a un vasto espacio de realizaciones que nos espera si estamos dispuestos a pagar el precio del viaje exterior e interior que nos llevará a un destino siempre incierto, siempre desconocido, pero donde seguro que encontraremos nuevas dimensiones de la vida y de nosotros mismos. En un viaje plagado de metáforas sobre el riesgo, el atrevimiento, la audacia, la amistad, la cooperación, la consciencia, o el arte de vivir con la incertidumbre. Un relato que podemos trasladar a todas las dimensiones de nuestra vida porque veremos que de cada capítulo podemos extraer aportaciones de gran sabiduría que nos ayudarán a reflexionar y, eventualmente, a encarar los retos que, por convicción o por compulsión, nos pondrá por delante la existencia.

«Como no sabía que era imposible, lo hice», dicen que afirmaba a menudo Thomas A. Edison cuando culminaba un invento que, de entrada, todos consideraban imposible de realizar. Una lúcida y provocadora frase que nos invita a trabajar para que los imposibles de hoy sean las realidades de mañana pensando en un mundo más bello, mejor, más habitable en todas las dimensiones.

Gracias de todo corazón por tu generosidad y tu lucidez, amigo Lotfi, por brindarnos la inspiración necesaria en estos tiempos de crisis para atrevernos a crear nuevas circunstancias y realidades.

¿Nos atrevemos?

ÁLEX ROVIRA CELMA

Introducción

Todos tenemos deseos, sueños y proyectos. Justo antes de emprender algunos de ellos nos viene a la cabeza la frase que empieza con la pregunta: «¿Qué pasaría si...?». Una interrogación sencilla que abre la puerta a infinidad de posibilidades. Sabemos que no podemos quedarnos parados en el cruce de caminos. Debemos elegir uno de ellos. En ese preciso momento tenemos la sensación de que el tiempo se ha detenido a la espera de nuestra elección. Sabemos que cada decisión que tomemos generará una reacción en cadena, como un dominó imparable. Al ser conscientes de esta reacción

buscamos no equivocarnos. No queremos permitirnoslo.

Nunca sabremos la verdadera respuesta hasta que nos arriesguemos a elegir y emprender uno de los múltiples caminos que se nos presentan. Pagaríamos lo que hiciera falta para poder predecir el futuro, para controlar nuestro destino y reducir al máximo el riesgo y la incertidumbre. Al escoger contenemos el aliento, esperando haber hecho la elección adecuada.

Cuando podemos prever un final feliz, planificar cómo hacerlo y prepararnos tanto a nivel mental como emocional para afrontar los desafíos, dar el paso adelante parece más sencillo. En esta situación estamos predispuestos a pasar por la etapa de transición que nos llevará de nuestra comodidad actual a otro nivel de estabilidad, porque sabemos que el viaje, con sus turbulencias, será corto, y el resultado final valdrá la pena. Cuando emprendemos nuestro proyecto en este entorno,

llamamos al proceso de cambio «oportunidad».

Pero, cuando este mismo proceso de cambio nos pilla por sorpresa, vemos la etapa de transición como un túnel negro sin fin. No tenemos puntos de referencia sobre los que apoyarnos para enfrentarnos a los retos. Sentimos que la situación supera nuestra capacidad de adaptación. El confort y la estabilidad desaparecen. Nos sentimos amenazados y en situación de mera lucha por la supervivencia. Una sensación de descontrol nos recorre el cuerpo y activa nuestros sistemas de defensa. Pensamos que no saldremos indemnes de este desafío. Interpretamos que las posibilidades de enfrentarnos a un triste final son mayores. Entonces, llamamos a este proceso de cambio «crisis».

Lo interesante de esto es que todos nosotros nos enfrentamos a desafíos y retos, pero cada uno los experimenta a su manera.

